mucho sin poder consolarse por tan innoble acción y eso que era el Santo de ánimo valeroso y fuerte.

Un penitente del Santo encontró un pajarillo, y cogiéndolo lo llevó a San Felipe, y éste, al verlo, movido en seguida a compasión, dijo al penitente: *No le hagas daño, abre la ventana y déjalo marchar.* Obedeció el joven, mas al poco rato lo llamó de nuevo el Santo para preguntarle qué había hecho del pájaro, y contestóle que lo dejó escapar como le había encargado. Repuso Felipe: *Hubiera sido mejor esperar que creciera, pues era tan pequeñito que no sabrá donde ir y se morirá de hambre.*

En suma, no podía tolerar que se les hiciera daño en modo alguno; de manera que si se cogía un animal vivo en seguida ordenaba se le diera libertad y si eran dañinos los hacía llevar a lugar donde, aunque de él saliesen, no pudieran perjudicar a persona alguna.

SAN FELIPE NERI

CAPÍTULO XIII

CONSEJOS A LOS CONFESORES Y A LAS MUJERES

58. Consejos a los confesores

Daba el Santo varios consejos en materia de guiar las almas. En primer lugar decía a los que oyen confesiones que no convenía dirigir a los penitentes por aquella misma senda que para sí habían andado, pues muchas veces los confesores hallan espíritu y gusto en alguna clase de ejercicios y meditaciones, y ejercitando en ellos a los penitentes resulta para éstos perjudicial la dirección.

Tampoco encontraba prudente que se les dejase hacer todo aquello que pedían y querían, sino que era cosa utilísima para ellos prohibirles a tiempos aun las propias devociones, ora por-

que descansasen un tanto, ora para mortificarlos si a ellas se hubiesen aficionado en demasía.

Además, quería que los confesores no aceptasen fácilmente (excepto en algunos muy raros casos) los penitentes de otros.

A propósito cuenta Pelegrín Altobello, sacerdote y canónigo de San Marcos, en Roma: Por la buena fama que el B. Felipe gozaba, y porque era tenido por santo, yo deseaba tener su dirección. Con motivo de que el P. Juan Francisco Bordini (uno de los primeros compañeros del Santo), en aquel entonces mi confesor y ahora arzobispo de Aviñón, se había trasladado a Polonia con Hipólito, cardenal Aldobrandino, que más tarde fue Clemente VIII, me fui a confesar con el B. P. Felipe, y desde aquella fecha tuve frecuentes e íntimas relaciones con él, aunque no siempre fue mi confesor, sino sólo mientras el P. Bordini estuvo durante un año entero en Polonia. Luego que éste hubo regresado, al arrodillarme para confesarme me dijo Felipe: ¿Habéis visto a vuestro P. Juan Francisco? Contestéle que no. Repuso él: Pues bien, en adelante id a confesar con vuestro confesor ordinario; y deseando yo que él fuese mi confesor, y habiéndoselo suplicado por segunda y tercera vez que por favor me atendiese, respondió: *Así con-*

viene obrar para conservar entre nosotros la paz en la Iglesia.

A los confesores decía que se portaban mal si pudiendo ejercitar a sus penitentes en la virtud de la obediencia, o por negligencia o por respeto humano no lo hacían; y por eso exhortábales que procurasen, por medio de aquélla, mortificar la voluntad y el entendimiento de los penitentes antes de imponerles muchas penitencias corporales; porque, como solía decir, mucho más aprovecha mortificar una pasión dominante, por pequeña que fuere, que muchas abstinencias, ayunos y disciplinas.

No le gustaba que los confesores hiciesen dificultoso el camino de la virtud, sobre todo a los penitentes recién convertidos, ni que los exacerbaran mucho reprendiéndoles con aspereza, como tampoco que fuesen rigurosos en las confesiones, sino que les compadeciesen y con dulzura y amor procurasen ganarlos, condescendiendo todo lo que fuese posible; y que no prohibieran de repente con dureza que los hombres llevasen trajes elegantes, cuellos, espada y otras cosas por el estilo, a fin de que espantados por temor de las dificultades no tomasen pie para volver atrás, y abandonando la confesión vivieran más largo tiempo en el pecado.

El P. Juan Severino, hombre de gran virtud, que vivió en tiempo del Santo, solía contar que fue parecer de éste que los confesores no abrumasen a los penitentes con crecida penitencia, puesto que la experiencia descubre que a esos tales, si se les impone mucha penitencia, comúnmente hablando, no la cumplen.

Advertía, también, que no confesasen mujeres si entre ellos y la penitente no hubiere reja; que se abstuviesen de largas conversaciones con ellas; que las palabras que con ellas usasen fuesen más bien graves... San Felipe siempre fue cauto con las mujeres, y las despachaba con pocas palabras...

Escribió cierta vez a un Padre que se hallaba en Nápoles que estaba destinado a oír confesiones y le pedía auxilio y consejo para obrar con la circunspección requerida en ese ministerio, y en particular al confesar mujeres: *No tenga escrúpulo de lo que le pasa, pues también suele ocurrir a otros; advierta sólo de no escuchar con voluntad otras materias que no sean los pecados; que no sea curioso en saber más que lo necesariamente preciso para aplicar el remedio, ni descienda a otras particularidades de las que bastan para dar a conocer la cualidad o especie de los pecados. En cuanto a lo demás*

encomiéndese al Señor, el cual no deja de dar el auxilio más que ordinario en semejantes ministerios cada vez que el hombre los trata con amor y cautela.

Inculcaba que no anduvieran fácilmente por las casas, sino en caso de necesidad o de grandísima utilidad, y que se despidieran pronto, porque si muchas veces no habían experimentado tentaciones, no por eso debían fiarse de sí mismos; pues el demonio primero nos hace confiados, y luego procura la caída sirviéndose de ordinario de la parte más débil, la mujer.

Referente a esto sucedió que una mañana yendo a la Vallicela un sacerdote, del que el Santo no tenía noticia, ni el sacerdote tampoco de él, viendo Felipe en espíritu el defecto de aquél, lo llamó aparte y lo amonestó, diciéndole que no sentaba bien a un sacerdote familiarizarse tanto con las mujeres, y que se guardase de ellas en todas ocasiones. Muy maravillado quedó el sacerdote al pensar cómo el P. Felipe había podido saber cosa semejante, pues no tenía de él noticia alguna. El Santo juzgó mejor no callar lo que sabía, por inspiración divina, que dejar de corregirle en caso tan peligroso.

Aconsejaba, además, que no se fiasen de sí mismos por mucha experiencia que tuviesen,

largo tiempo, vejez o enfermedad, sino que siempre se huyese de toda ocasión mientras el hombre, como decía, pudiese mover los párpados.

Asimismo decía a los confesores que pudiendo confesaran a los jóvenes en la parte de la reja, a fin de que por vergüenza no callaran algún pecado.

Una de las cosas que sobre todo advertía a los confesores era que no tocasen la bolsa de los penitentes, diciendo que no se puede a un tiempo ganar las almas y el dinero, y solía, a menudo, repetir: *Si queréis hacer fruto en las almas dejad quietas las bolsas.*

Por eso a sus penitentes acostumbraba decirles aquello de san Pablo: *Non vestra, sed vos.* (No quiero vuestras cosas, sino a vosotros.)

Se sabe, por tradición, que después de haber hecho confesar a algún penitente el pecado no le preguntaba *directamente* cuántas veces lo había cometido, sino que, como previniéndole con un número exorbitado, decía, p. ej.: *Pues bien, lo habrás cometido cincuenta o sesenta veces.* Y el penitente, al ver que tan alto subía, confesaba de buen grado la verdad manifestando el número exacto de veces de sus pecados, mucho menor de aquel que el Santo suponía haber cometido.

Los confesores deben estar alerta a fin de

que los pobres, por interés, no abusen del sacramento de la Penitencia para alcanzar limosna. Por más que el Santo tuviese entrañas llenas de caridad, sin embargo, no quería que los penitentes fuesen a confesar para pedir limosna; si lo sospechaba, y por otra parte sabía que en verdad estaban necesitados, acostumbraba dar el dinero a tercera persona para que ésta ayudase en buena forma a aquel penitente o penitenta, y así no se viesen en la precisión de querer mostrarse buenos para acreditarse delante del confesor. Cierto día fue una pobre mujer, en tiempo de carestía, a confesarse, pero el Santo, previendo que no era ése el motivo, sino el de recibir limosna, le dijo: *Señora, id con Dios, que para vos no hay pan,* y no quiso en modo alguno confesarla.

59. Consejos a las mujeres

Daba a las mujeres el consejo que se estuviesen en casa, que atendieran al cuidado de la familia, y que no saliesen por voluntad a la calle.

Un día, alabando mucho el Santo a Marta de Spoleto, mujer célebre por su bondad y gran sierva de Dios, algunos le dijeron: *Padre, ¿por qué alabáis tanto a ésta?* Contestó: *Porque atiende a hilar;* aludiendo a lo que dice la Sagrada Escritura:

Aplica sus manos a los quehaceres domésticos aunque fatigosos, y sus dedos manejan el huso.

Era ésta devotísima del Santo y siempre que llegaba a Roma acudía en seguida a él y se echaba a sus pies encomendándose a sus oraciones, disfrutando en extremo con su presencia; por tener de Dios el don de conocer la hermosura de las almas, cuando veía al santo Padre quedaba como en éxtasis, contemplando lo que en él descubría de gracia y de sobrenatural hermosura.

CAPÍTULO XIV

DEL BIEN QUE HAY EN LA VIDA RELIGIOSA. CONSEJOS A LOS RELIGIOSOS

60. Del bien que hay en la Religión. Disposiciones necesarias para la vocación religiosa

Escribiendo el Santo a una monja, la exhorta a dar gracias al Señor por haberla sacado del mundo, y aludiendo al nombre de María, que le fue impuesto, dice: «No sin gran misterio os fue puesto este nombre, porque saliendo del mundo fuiste por la mano del Señor sacada fuera de las aguas del mar, las que, traspasándolas tantas almas débiles, la mayor parte quedan sumergidas, y pocas en ellas relativamente se salvan; y vos, como otro Pedro, habéis sido cogida por la mano y agarrada fuertemente, de modo que habéis caminado, no por las aguas, sino sobre las aguas.»

El Santo daba el siguiente consejo a los que

se sentían inclinados a entrar en religión: «*Quien desea entrar en alguna Religión aprenda antes a negar su voluntad en aquellas cosas que siente mayor repugnancia, pues así, con mayor facilidad, perseverará en la Religión*».

De ahí es que el Santo por largo tiempo mortificaba a los que tenían espíritu de entrar en religión, haciendo que renunciasen a su voluntad en aquellas cosas en que les veía tener mayor repugnancia, y por eso detuvo, por muchos meses, a uno que deseaba ser religioso; pero viendo su perseverancia, rogado a darle permiso, por fin consintió que se hiciese fraile.

Por la sobredicha razón muchos de los que con el consejo del Santo entraron en Religión afirmaron repetidas veces que si san Felipe no les hubiese dirigido de dicho modo, a buen seguro que no hubieran perseverado.

Por eso un Padre capuchino, visitando al Santo, después de besarle la mano, dijo: *¡Oh Padre, las mortificaciones que he recibido de Vuestra Reverencia han sido nada en comparación con las padecidas en la Religión; pero de verdad os digo que sin aquéllas no hubiera soportado éstas!*

61. Obediencia que se requiere en los que viven en Comunidad religiosa

El que vive en una Congregación o Comunidad religiosa debe hallarse dispuesto a obedecer y a dejarlo todo por las cosas comunes.

Los que de veras desean aprovechar en el camino del Señor entréguense en todo y por todo en manos de los superiores y a ellos obedezcan.

Por el afecto que algunos tienen a sus ejercicios de devoción, de mal grado se avienen a las ocupaciones que les impone la obediencia, porque les distraen e impiden su recogimiento, y por eso se turban, como le aconteció a Gil Calvelli, lego de la Congregación. Este buen hermano fue una vez a san Felipe a quejarse de que el oficio que le había señalado la Congregación lo distraía de sus devociones, pues tener que tratar con muchos perturbaba su espíritu. El Santo lo tranquilizó con esta pregunta: *¿Qué es mejor, ser estorbado de los hombres o de los demonios?* Enseñándole que los estorbos venidos de la obediencia son meritorios a sí y útiles a los prójimos, y el retiro elegido por propia voluntad está indudablemente expuesto a las tentaciones, con peligro de perjuicio propio y esperanza de provecho a los demonios, de quienes procede el estorbo.

Si alguien fuese llamado por la obediencia para el servicio del prójimo, aunque estuviese en oración, debe presto obedecer, pues eso no es dejar la oración, sino dejar a Cristo por Cristo.

Y como lo declaró el Santo, eso no es más que privarse de los gustos espirituales para ganar almas para Cristo.

62. Consejos para los religiosos

El B. Felipe tenía esta máxima: «Un religioso que se encuentra en una Religión relajada sintiendo gran espíritu no debe abandonar la propia Religión para entrar en otra, sino consolidarse en aquélla, pues tal vez el Señor quiere servirse de él en auxilio de su propia Religión con su buen ejemplo y para renovar el espíritu de la misma.»

Con motivo de que muchos de sus hijos espirituales entraban en Religión, si después le visitaban o llegaba a verlos solía darles esta advertencia, es a saber: Que si se hallasen en un lugar y allí hiciesen algún bien en provecho de las almas, mas la obediencia los trasladara a otra parte, lo dejasen todo sin réplica alguna, por más que ahí el fruto fuese cierto, y en los países a que iban destinados fuese dudoso, porque era señal que el Señor no quería aquel fruto por medio de

ellos. Y, además, acostumbraba a dar estotra advertencia: *Que no basta ver si Dios quiere el bien que se pretende, sino también si lo quiere sirviéndose de mí, en aquel lugar y tiempo, y que la verdadera obediencia hace discernir todo eso.*

Les recordaba que debían estimar muy mucho el beneficio de la vocación religiosa; por eso, yendo a veces el Santo con los novicios de los Dominicos de la Minerva a paseo en lugar ameno donde pasaban todo el día, se gozaba allí el santo viéndolos juntos comer y divertirse, y les decía: *Comed, hijos, y no tengáis escrúpulo, porque engordo viéndoos comer.* Terminada la comida sentábase en el suelo y rodeado de ellos en círculo les daba muchos consejos hablándoles lo que le dictaba su corazón, y exhortándolos a toda clase de virtud, pero en particular a la perseverancia, afirmando *que era uno de los grandes beneficios que les había hecho su Divina Majestad al haberlos llamado a la Religión; y esto,* añadía, *os lo digo con toda el alma.* Al oír tales frases los novicios sentían llenar su pecho de fervor y deseo de aprovechar en la Religión; y partían contentos y llenos de alegría volviendo al convento con grandísima satisfacción para sus almas.

Escribió, también, el Santo a una monja: «Si es cosa monstruosa la avaricia en el hombre, ¿qué será en un hombre o en una mujer religiosa, que hizo voto de pobreza y ha renunciado a todo por amor de Dios? Pues bien, esa piel tan áspera es preciso curtirla, cueste lo que costare; y no sentiríamos el dolor si con atención considerásemos que, despojados luego de la sucia vestidura, nos veremos adornados con vestidos reales e imperiales, cual es la virtud opuesta a la avaricia, que se llama liberalidad.»

63. Consejos a las monjas

Alabando el Santo el estado de Religión, escribe a su sobrina, monja del convento de San Pedro Mártir, de Florencia: *Dad gracias al Señor por el noble y seguro estado que os ha dado; si vos, como espero, os sabéis aprovechar de tan alta vocación.*

Tenía, ésta su sobrina, deseos de confesarse con él, mas Felipe le contestó (y puede servir de excelente aviso a las monjas que desean otros confesores a más del ordinario): «Acerca del deseo que tenéis (si estuvieseis allí donde estoy yo) de confesaros conmigo, creedlo, sobrina mía ca rísima, que estáis encargada a bonísimos re-

ligiosos, y no os faltará nunca el Señor Dios (si sois leal y abrís vuestro corazón con sencillez al confesor) en hacer todo aquello que sea de necesidad para vuestro provecho espiritual, porque Dios no falta jamás en las cosas necesarias y no abunda en las superfluas; puesto que, estando vos ahí donde os es preciso pasar por una sola mano, si hacéis oración y tenéis de veras deseo de ser buena se meterá el Señor en la boca del confesor aunque fuere un hombre inepto, para no quedar defraudada vuestra fe y disposición de vuestro ánimo. Practicad ese modo de encomendaros humildemente al Señor antes de que vayáis a confesar o a aconsejaros como acontece con vuestro Prelado; y revestidle de la persona de Jesucristo Señor Nuestro, y pensad que Dios mismo es el que os habla; y estad preparada para obedecer y creer más a él que a vos misma y a las compañeras que tengan poco espíritu; y palparéis cuán verdaderas son las palabras del Espíritu Santo, que dice de los Prelados y Pastores nuestros: Quien oye y obedece a los superiores, a mí oye y obedece; y quien los desprecia, a mí desprecia y desobedece».

Escribió a una sobrina suya, monja en Santa Lucía, de Florencia, que debía dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo por el beneficio grande

de su vocación, y dice así: «Muy grande gracia sería para Él como lo ha sido para vos, de lo cual mostraos agradecida creciendo cada día en mayor espíritu y fervor; y donde con esto no podáis llegar humillaos vos misma siempre y abajaos delante de vuestros ojos, para que podáis ser muy grande a los ojos de Dios.»

A otra monja, no del todo desprendida de sí, contestó el Santo en estos términos: «Vuestra carta me causó grande admiración, al ver que en quince años que vestís el santo hábito religioso todavía no os hayáis dejado a vos misma. Cosa que al principio de vestirlo conviniera haberlo ya conseguido, porque dejando casa, parientes y amigos, encerrándoos como muerta para el mundo en sepulcro cerrado por cuatro paredes de muro, cambiando el nombre, dejando la propia voluntad, el propio parecer y saber, entregándoos en manos de Dios, y por amor de Dios en manos del Prelado y de la Madre Priora, ya debiérais estar muerta y sepultada para todas las criaturas y a vos misma. Sin embargo, ese primer paso que tenemos en la intención es el último en ponerlo por obra: tan fuertemente pegada está la piel del amor propio a nuestro corazón, y tanto escuece y duele desollarla, y cuanto más al vivo lo hacemos es más sensible y difícil. *Pellem pro pelle et*

cuncta quae habet homo dabit pro anima sua, se lee en Job, y nosotros lo comentaremos aquí para nuestro objeto: que todas las pieles, eso es, todas las cosas exteriores (porque la piel es lo exterior que más se ve de la substancia de nuestro cuerpo, que cubre a manera de sutil velo nuestra carne y hueso), todas las cosas, pues, de este mundo se han de dejar por la vida espiritual: qué *ánima,* en aquel texto, significa vida corporal, y nosotros la entendemos aquí por la vida virtuosa que se lleva al mortificar vicios, pecados, malos pensamientos y malos afectos, y que se ejercita en la adquisición de la virtud. Pues bien, hija, estad atenta para descubrir cuantas pieles sucias tiene el alma, que sea necesario arrancarlas al vivo de nosotros por medio del cuchillo de la santa observancia.»

Tan importante consideraba que la caridad reinase en las casas religiosas, que en una carta escribe a una monja: «Si en un Monasterio encuentra el demonio la unión y la paz, teme más este orden que todos los demás ejercicios de la vida espiritual sin ese vínculo y nudo de fraternal amor, que debe reinar y tener unidas con caridad las almas de las hermanas de un ejemplar Monasterio.

»El diablo, pues, nuestro enemigo, de continuo lucha contra nosotros para poder llegar a

desunirnos y hacer que nazcan pleitos, odios y contiendas, emulaciones y luchas entre nosotros y en los Monasterios; pues mientras peleamos unos contra otros, él, con seguridad, llega a vencernos o encarcelarnos, a matarnos y derrotarnos; así, pues, la unión y la paz es la mejor arma y la que más teme el enemigo, porque en medio de las religiosas unidas y pacíficas reina Dios, y con este Emperador ¿quién podrá perder?»

Mucho le agradaba al Santo la vida común en las casas religiosas; así escribe a una de sus sobrinas monja: *«Deleitaos en la vida común, evitad toda singularidad, atended a la pureza del corazón, porque el Espíritu Santo habita en las mentes cándidas y sencillas.»*

CAPÍTULO XV

CONSEJOS A SUS HIJOS DE LA CONGREGACIÓN DEL ORATORIO

64. Devoción a María

Así como la fundadora de la Congregación fue la Sma. Virgen, según aseguraba san Felipe, así inculcaba con frecuencia a los suyos que fuesen de Ella muy devotos: *Sed devotos de María. Amad a María.* De ahí que a la Casa de la Congregación la apellidaba Casa de María, como lo escribió al obispo de San Severino en 1592: «Me esforzaré en corresponder a vuestra grande atención hacia nosotros y piedad con nuestra Casa, o por mejor decir, la de nuestra gloriosa Madre y Abogada.»

Jamás consintió el Santo a los suyos que por el estudio dejasen las cosas comunes, como la

oración, los sermones, el confesionario y otras funciones ordinarias. Sin embargo, no les prohibía que estudiasen materias conformes al Instituto; ni se propusiesen aparecer doctos entre los demás, diciendo que el siervo de Dios debe procurar saber, pero no demostrarlo para vanagloriarse, ni menos aplicarse con avidez, con ansiedad, porque hasta podría en eso haber pecado.

65. Modo de predicar

Mandó a los que predicaban que no se entrometieran en materias escolásticas sino cuando en determinadas ocasiones era necesario, diciendo que aquel lugar no era para cosas de escuela, sino para aprender la adquisición de las virtudes cristianas y apartarse de los pecados; y al que deseara doctrina no le faltaban escuelas y cátedras adonde podía acudir; como tampoco permitía que trataran asuntos demasiado delicados, sino que dijeran cosas útiles y llanas. Por eso a algunos Padres señalóles las vidas de los Santos, a otros la Historia Eclesiástica, a otros los diálogos de san Gregorio, y otras diversas materias devotas, con las que movían los oyentes más a compunción que a admiración.

De ahí que si oía tocar cosas sutiles y curio-

sas les mandaba bajar del púlpito, aunque estuviesen a mitad del sermón.

66. Obediencia

Solía decir a propósito del gobierno de su Congregación: *«Nadie se puede hacer cargo de lo difícil que es tener unidos entre sí a sujetos libres, lo cual no con otro medio más fácilmente se consigue como con ser benigno y parco en mandar.»*

Una de las cosas principales y que más deseó el Santo en los de su Congregación fue la obediencia, y por esto fue tan enemigo de la desobediencia, que aquellos que hubiesen demostrado en algo notable repugnancia quería que en seguida se les echase de la Congregación. A propósito de esto, en un escrito de su puño y letra se leen estas palabras: *Caso de que el hombre conozca no poder pasar adelante sin quejarse, o por las cosas de la mesa, o por otro de lo que se practica en la Iglesia o donde conviene, procure pedir licencia para marcharse de nuestra Congregación cuanto antes, porque de otro modo la primera o segunda vez que falte se le despedirá; pues, Padres míos, estoy resuelto a no permitir en Casa hombres que no sean observantes de*

aquellas pocas órdenes que les han sido señaladas.

Para que se vencieran en su propio juicio, si les mandaba algo y veía en ellos repugnancia, y que se excusaban para no hacerlo, entonces instaba más que nunca, ordenándoles muchas veces despachar negocios en horas y tiempos que no se avenían con el criterio de la prudencia humana, y todo eso lo hacía el Santo porque deseaba que sus hijos se mantuviesen en espíritu humilde, y que no andasen (era frase suya) *in mirabilibus super se.*

Inculcaba, también, a menudo a los de su Congregación **que dejasen toda otra cosa por las comunes,** hasta la oración, o cosa que pareciera mejor. Los exhortaba, además, a no procurar cosa particular en la sacristía, ni hora, ni altar, ni ornamentos, etc., sino que siempre dependiesen del sacristán, y celebrasen la Misa cuando fuesen avisados y adonde les mandasen.

También decía que no basta, para ser verdadero obediente, hacer lo que encarga la obediencia, sino que conviene se haga sin replicar; de lo contrario, si uno discurría sobre ello, o bien replicaba, aunque tuviese cualquier otra buena cualidad no lo estimaba, diciendo que las cosas hechas por propia voluntad no son tan meritorias como las que se hacen por obediencia; y a pesar de ser tan suavísi-

mo manifestaba, no obstante, su disgusto, y reprendía ágriamente a los transgresores de las cosas comunes; verbigracia, si no se hallaban en la mesa con los demás, en la iglesia a la hora de comenzar su oficio o cargo, con lo que se perturbaba al público, y añadía debe tenerse por cierto que cuanto viene dispuesto de los que ocupan el lugar de Dios es lo mejor y lo más perfecto que se puede encontrar, aunque parezca lo contrario.

Decía que era mejor obedecer al sacristán o al portero, cuando el sujeto es llamado, que estarse en el aposento en oración. Y si alguno le replicaba que era preciso dar tiempo a las personas para prepararse a celebrar, contestaba que prepararse, cierto, es necesario, *pero la verdadera preparación de un buen sacerdote era vivir de tal suerte, que a todas horas, por lo que se refiere a la conciencia, pudiese decir Misa y comulgar.*

67. La caridad, único vínculo

No quería que los suyos se ligaran en modo alguno con voto ni con juramento, pues en su Congregación deseaba personas que, libres y sin atadura alguna, sirviesen a Dios, no queriendo introducir nueva Religión, ya que pretendía **que la Caridad fuese el vínculo y atadura.** Por eso

decía que procurasen los individuos de la Congregación imitar a los religiosos en la perfección, si no los imitaban emitiendo votos, deseando que tal fuese la vida de la Congregación, que considerándola los que intentaban entrar en el claustro, y no determinándose a ello por la rigidez de las Reglas, tuviesen donde poder retirarse para servir más libremente al Señor.

De la misma manera que san Juan Evangelista de continuo repetía a sus discípulos: *Amaos los unos a los otros,* así san Felipe decía siempre a los suyos: *Sed humildes, teneos en nada.*

68. Mortificación

No se cansaba de repetir a los de su Congregación: *Hijos, mortificaos en las cosas pequeñas, para poder mortificaros en las grandes.*

A un joven de la Congregación que demostraba en demasía deseos de recibir Órdenes sagradas, prohibió Felipe cierta vez que se ordenara tan pronto, pues deseaba mortificarle con la dilación. No se avino aquél, perdiendo con la desobediencia la vocación y se marchó de la Casa. Por san Felipe y los Padres era considerado siempre cosa bastante grave e importuna tener demasiada ansia por recibir Órdenes sagradas, oír confesiones y predicar.

Deseaba que los sacerdotes de su Congregación por lo regular celebrasen Misa cada mañana, y aunque a algunos, para mortificarlos, no les diese licencia para celebrar alguna vez, quería, sin embargo, que siempre estuviesen dispuestos para celebrar al mandárselo en cualquier tiempo.

El P. Agustín Manni, conforme a la mente de san Felipe, decía que la templanza y sobriedad en la comida prescrita en la mesa común de la Congregación, si se observa con fidelidad y rigor, puede compensar el mérito de los ayunos voluntarios que el Santo no quiso prescribir en su Regla: *Dos cosas,* solía decir, *me agradan mucho, sobriedad y limpieza.*

También decía el citado P. Manni que san Felipe, para que los suyos alcanzasen espíritu, los ejercitaba de continuo en la mortificación, y quería a los de su Instituto mortificados.

Por eso dejó escrito de su santo Padre: *Mille imperscruttabiles artes, mille habebat adinventiones ut propia voluntate ex anima eradicata, divinis eam virtutibus habitaculum praepararet**.

Solía también decir el expresado Padre, por

* «Mil artes inimaginables utilizaba y de mil formas se valía para que erradicado de cada uno el amor propio, se prepararan a ser digna morada de las divinas gracias.»

voluntad del Santo, que había éste querido que su Congregación se llamase Oratorio para que todos supiesen que quien no hiciere oración no pertenecía a su Instituto. De ahí es que les aconsejara que no dejasen la oración ni la disciplina de la tarde en el Oratorio.

A fin de que se conozca cuánto interesaba al Santo que los suyos, aunque dedicados a los estudios, observaran con exactitud las costumbres y reglas de la Congregación, y que no omitiesen práctica alguna, no será fuera de lugar referir lo que hizo con Baronio. Trabajaba éste con incansable celo, por orden del Santo, en la ardua y vasta empresa de los *Anales Eclesiásticos,* y era cosa de admirar cómo pudiera siquiera respirar bajo tan grave carga de estudios, con extraer, digerir y disponer todo lo que está diseminado en los santos Padre y en todos los historiadores, así griegos como latinos, con registrar las bibliotecas y archivos más célebres de su tiempo, con conferenciar y dilucidar diariamente asuntos graves con los primeros literatos de su siglo, ya de palabra, ya por escrito, y todo eso sin auxilio alguno. A pesar de todo esto, san Felipe quería que al mismo tiempo tuviese a su cargo la parroquia (pues entonces la iglesia de la Vallicela era parroquial), que asistiese al confesionario

como los demás Padres de la Congregación, que en la iglesia predicase al pueblo los acostumbrados sermones tres veces por semana, que fuese Prepósito de la Congregación, que observase exactamente el Instituto, hasta tal punto que, suplicando Baronio le concediera permiso para celebrar por lo menos la Misa a la hora que le fuere más cómoda, el Santo sólo le permitió que eligiese determinada hora, pero bajo el pacto de no poder variar jamás, mandando a los sacristanes que siempre, con todo rigor, le llamasen a la hora prefijada. Cada vez que terminaba uno de sus tomos y lo traía a san Felipe, éste, por recompensa, le ordenaba que ayudase a Misa treinta días.

El gran siervo de Dios, el B. Juvenal Ancina, solía decir que su santo Padre amaba en los suyos la *humildad* y la *sencillez,* porque con éstas se hacía mayor fruto en las almas de los prójimos.

69. Desapego de las riquezas

Así como el Santo deseaba en todos sus penitentes el desapego de las riquezas, mucho más la exigía y procuraba en los de su Congregación, y cada vez que uno de ellos era destinado a oír confesiones le avisaba principalmente que no

tocase la bolsa de los penitentes, pues, según él, no se podían ganar las almas y las riquezas de los penitentes a un tiempo, y a menudo solía repetir: *Si queréis hacer fruto en las almas dejad quietas las bolsas.* Pero no tan sólo a los confesores daba este aviso, sino a todos los de su Congregación recomendaba *que no se inmiscuyesen en modo alguno en materia de testamentos,* pues conocía cuánta sospecha se da a los seglares, aunque se haga con buena y santa intención.

Previendo el Santo el gran peligro que hay de perder el espíritu si vienen las riquezas, solía decir a los de su Congregación: *Dios no os faltará dándoos la hacienda, pero cuidado que cuando tengáis ésta no os falte el espíritu.*

Por eso en su Congregación prefería el Santo la pobreza a las riquezas, por el peligro que llevan éstas consigo y por el grande bien que de aquélla se deriva; de ahí que no quiero omitir los afectos con que se expresa en su **último testamento** para con los de su Congregación, que se hallaban pesarosos por las deudas creadas con motivo de la construcción de la iglesia de la Vallicela: *Hoc autem menti fixum semper habentes, quod me magis conturbat et timoris occasionem iniicit ne eorum statui, paci, ac profectui plus incommodi aliquando sint*

allaturae divitiae multae, quas piae fidelium manus ultro dabunt, et offerent, quam paupertates, atque hujusmodi aeris alieni copia grandis; cum illis siquidem curae sollicitudines, relaxationes ab exercitiis spiritualibus elationes mentis ac miserabiles denique casus, et interitus saepe proficiscuntur, cum istis vero humilitas, assiduum studium ad orationes, opera caritatis ad proximos, fiducia ad Deum, virtutes denique omnes, et perennis vita comparatur. Non deficiant ergo animis et super omnia institutos ordines, et caritatem invicem custodire non desistant.

«Tened siempre presente que lo que más me preocupa y hace temer es que las abundantes riquezas que puedan entregar y ofrecer las piadosas manos de los fieles, con frecuencia harán más daño a vuestra vida, paz y perfección que la pobreza y esta gran deuda que tenemos contraída. Pues las riquezas traen muchas veces consigo preocupaciones, inquietudes, relajación en la vida espiritual y finalmente desgraciadas caídas y ruinas; en cambio con la pobreza se alcanza la humildad, constante aplicación a la oración, obras de caridad para con el prójimo, confianza en Dios y finalmente todas las virtudes y la vida eterna. No decaigan por tanto vuestros ánimos y esforzaos, sobre todas las cosas, en

guardar lo que está establecido, así como en el mutuo amor».

Confió, pues, san Felipe tanto en que Dios conservaría su Congregación, que si los Padres se hubiesen marchado todos de casa no le preocupaba continuar, y decía *que Dios no tiene necesidad de los hombres;* y si alguno dejaba la Congregación solía decir: *«Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.**» *Que Dios había hecho la Congregación y Él la sostendría; y añadía que no hay que fiarse de los hombres;* y además: *No quiero tener miedo de nadie, teniendo a Dios en favor mío.*

A la confianza del Santo, Dios correspondió con su providencia, pues ha conservado la Congregación y la ha extendido por todos los reinos de la cristiandad, conforme a los deseos de san Felipe, que así lo escribió al obispo de Fermo con estas palabras: *El Señor Dios sabe que mi deseo y el de toda la Congregación sería que se fuese extendiendo, por los frutos que de continuo va produciendo.*

* «Poderoso es Dios para sacar de estas piedras hijos de Abraham.»

APÉNDICE

EXCELENCIAS DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI

Con el título de *I Pregi della Congregazione dell'Oratorio di San Fillipo Neri,* un presbítero del Oratorio de Savigliano (probablemente el padre Giovan Agnelli, amigo del Beato Sebastiano Valfrè) compuso, a principios del siglo XVII, un tratado sistemático de la espiritualidad oratoriana, pensado seguramente para una lectura espaciada y en común, cuyo libro ha pasado a ser un clásico de la tradición filipense. El autor oculta su nombre, pero declara que se decidió a desarrollar un pequeño resumen precedente, instado por la obediencia. Circuló como manuscrito hasta que el Oratorio italiano de Chioggia lo dio a la imprenta en 1825. A esa edición tuvo acceso John Henry Newmann, recién convertido al catolicismo, cuando se preparaba en Roma para la fundación del Oratorio en Inglaterra. La «idea»

de la obra de San Felipe que él debía adaptar al contexto inglés la extraería del estudio de las *Constituciones* originales (aprobadas por Pablo V, en 1612) y del libro de las «Excelencias» o *Pregi,* como se desprende por el número de veces que recurría a esta obra, en pláticas y escritos dirigidos a sus hermanos de comunidad. Se alegraría mucho cuando, en 1881, pudo hacerse una edición inglesa, de gran utilidad para oratorianos y devotos de aquel país: *The Excellences of the Congregation of the Oratory of St Philip Neri.*

Aunque merecería más dilatado comentario, ahora nos ceñiremos a poco más que a la visión resumida de los doce capítulos que forman el contenido de este libro, cada uno de los cuales constituye la apología de otras tantas «excelencias».

I. Oratorio y Oración

La primera de estas excelencias, como no podía ser de otro modo, consiste en el fin de nuestra vocación: oración, administración de los sacramentos, predicación de la Palabra. La oración o trato afectivo con el Señor, de lo que nos dio ejemplo extraordinario san Felipe, tanto en su vida de seglar como cuando ya era sacerdote.

Recurre al testimonio de Consolino, discípulo predilecto de Felipe, para hacer hincapié en la fidelidad del trato con Dios, con una libertad interior que supera la estrechez de cualquier método, para expresar más amor a Dios. Oración vocal, meditación, jaculatorias, el oficio divino y, por encima de todo, «la obediencia y la caridad, que siempre deben tener en el Oratorio el primer lugar». En este contexto es donde viene una frase a la que Newman recurre más de una vez: «El que quiere vivir a su modo no es bueno para la Congregación».

Sacramentos: En cuanto a la administración de los sacramentos, se refiere a dos de ellos solamente: la Eucaristía y la Penitencia o reconciliación. Los demás sacramentos se omiten porque son más propios del ministerio sacerdotal en parroquias, que están fuera de la finalidad principal y la naturaleza del Oratorio. Sería incompleto lo que se dice del oficio divino, todo él convergiendo en la Acción eucarística, si se prescindiera de ésta, que es «el centro y quicio de toda comunidad cristiana», como ha dicho el Concilio, y como lo fue en el Oratorio original, que introdujo la costumbre de la celebración diaria e igualmente de la participación de los

fieles. En cuanto al sacramento de la Confesión, no solamente debe ser entendido con las conversiones que Felipe y los suyos obraron en Roma, rescatando de la vida pagana y de pecado a muchos alejados de Dios, sino al cuidado de las almas para ser conducidas al progreso en la virtud por la dirección espiritual: contactos personales, a conciencia abierta, para devolver a la vida de cada fiel no ya la mera y egoísta asepsia de pecado, próxima al fariseísmo, sino el crecimiento en el sentido evangélico de la santidad, tanto de laicos como de los que el Señor llamara a una entrega total y apostólica.

Palabra de Dios: Queda la predicación de la Palabra, que en el Oratorio se ejercita cotidianamente, lo cual no solamente instruye y sirve de alimento a la oración, y hace conversiones, sino que evita la reducción a un cierto sentido mágico en las celebraciones sacramentales, «por la palabra espiritual que sale del corazón y en el corazón es recibida», con sencillez y humildad.

II. Renuncia a dignidades

La segunda de las «excelencias» del Oratorio es la separación y renuncia no sólo a cuales-

quiera dignidades seculares, sino también dentro de la estructura de la Iglesia, «nisi Pontifex iubeat», pues nadie, en el Oratorio, debe pretender ni procurar para sí o para otros dignidad alguna. Por otra parte, deben aceptarse los oficios internos de la Congregación, para servicio de la misma y de los hermanos, con humildad y obediencia a la comunidad.

Ello está reiteradamente confirmado en la historia del Oratorio y de sus miembros. Podríamos tomar un ejemplo reciente —que, por lo tanto, no está en el libro que comentamos—, del pontificado de Pablo VI, al hacer cardenal al último de los filipenses que han vestido la púrpura, el bresciano p. Giulio Bevilacqua. Es sabido que el papa Montini, cuando era joven, frecuentaba el Oratorio de Brescia y que agradeció siempre el bien espiritual que allí pudo recoger. El p. Bevilacqua era uno de sus grandes amigos y mentores. Una vez, el papa lo llamó y le comunicó su intención. A lo que el buen padre replicó: «¡Pero si yo puedo hacer lo mismo sin necesidad de todo esto y servir igualmente a la Iglesia!» Pero el papa le contestó decidido del todo: «No, yo quiero que usted venga a verme siempre que le llame, porque le necesito. La gente que viera o supiera que me visita de continuo, que se sienta

a mi mesa y que me trata con franqueza, murmuraría: pero nadie se sorprenderá demasiado si quien viene a verme a menudo es un cardenal. Y no me trate de «Santidad» más que en público; en privado, tráteme de «tú» y dígame Gianbattista, como siempre». Y hubo de aceptar.

III. Supremacía de la caridad

La caridad. Es la reina de todas las virtudes, «que todo lo unifica». Caridad, gozo, paz, paciencia. En una comunidad donde se permanece hasta la muerte, sin cambios a destinos nuevos, se multiplican, más incluso que en las familias naturales, las ocasiones para la comprensión, el perdón, el auxilio, la discreción, la comunión para las obras comunes de apostolado, el gozo y el dolor compartido. Sobre todo, si se atiende antes al bien interno, y no se va a las obras exteriores, huyendo, bajo pretexto de celo, de las propias y domésticas. Si se logra este ideal, dentro de casa parece el paraíso, y fuera todo es resultado del trabajo y la entrega de todos.

IV. La «racional»

«La santidad del hombre está en el espacio

de tres dedos», repetía el Santo, llevando la mano a la frente. «La importancia de la vida cristiana estriba en mortificar la racional». Entendía por racional todo vano discurso del entendimiento y porfía en querer hacer la propia voluntad. De donde la excelencia de preferir la mortificación interior a las formas exteriores de penitencias corporales, siempre sospechosas cuando se emprenden al margen de la obediencia. Lo cual no excluye la moderación y la austeridad en las cosas materiales, alimentos, comodidades, gustos.

V. Obediencia

La obediencia no es una peculiaridad del Oratorio, sino común a todas las órdenes y congregaciones religiosas. Lo propio del Oratorio está en que en él, «tanto los padres como los hermanos, si bien no hacen ningún voto como los religiosos, no ceden nada en este punto, en la perfección de la virtud, a los que la profesan en los claustros, prometida con la solemnidad de los votos, supliendo la falta del voto con el amor y la voluntaria prontitud y perfección en obedecer, sin que sean necesarias las amenazas de pecado... Todos saben que la intención del Santo Fundador era que cada uno de los suyos obede-

ciera exactamente o saliera de la Congregación». Lo demostró con el más querido de sus hijos espirituales, Baronio. «La obediencia, además de ser la guarda de todas las demás virtudes (s. Bernardo), es el camino más corto del paraíso» (sta. Teresa). Sin esta virtud «sería imposible la subsistencia de una Congregación de hombres siempre libres hasta la muerte». San Felipe decía que «para ser verdadero obediente no basta cumplir lo mandado, sino que es necesario hacerlo sin andar buscando razones contrarias».

VI. Discreción y suavidad en el mando

Como para compensar lo que pudiera parecer demasiada exigencia en lo que se dice en el precedente capítulo, en éste se habla de la discreción, suavidad y prudencia en el ejercicio de la autoridad dentro de la Congregación. El superior ha de mandar, vigilar, amonestar y corregir, considerando su propia fragilidad, para conseguir que todo se haga por amor y no por la fuerza. Se cuenta del venerable p. Fabricio de Asté, fundador del Oratorio de Forli, que logró corregir, sin palabras, a un padre de la misma Congregación, al cual, por falta de hermanos, se le destinó a cuidar de la puerta de la casa y, como encontró

pesado el oficio de portero, al poco, arrebatado de impaciencia, arrojó las llaves al suelo y abandonó el puesto. El p. Fabricio fue a recoger las llaves y ejerció puntualmente aquel oficio varios días, aunque era el Prepósito y fundador de aquella Congregación; confuso, finalmente, el primero reconoció su falta, pidió perdón y volvió al oficio sin enojo. San Gregorio decía: «Han de ver y respetar nuestra autoridad y, a la vez, reconocer e imitar nuestra humildad».

VII. Estima de la virtud

En nuestra Congregación ha de hacerse estima de la virtud y no de otra cosa que no esté unida a ella. En el mundo se aprecian los dones naturales, la erudición, la ciencia, que son las cosas que atienden más a la apariencia, que tanto estiman los seculares; pero estas cosas por sí solas no son tan apreciadas de la Congregación, sino sobre todo «la virtud y con particularidad la humildad, la simplicidad, la mortificación interior, que es lo que hace a los hombres santos y amados de Dios». Nuestra Congregación, iluminada por el Santo Padre, al aceptar a los sujetos, no tiene en cuenta que sean nobles, o ricos, o muy doctos, o muy prudentes, sino si son hombres de virtud, deseosos y dispues-

tos a crecer en ella, y «si su cabeza, juicio y opinión se uniforman con los de la casa» y sean "como nacidos para formar parte de ella"».

VIII. Desprendimiento de la hacienda

Pensando en nuestro Señor, «que se hizo pobre para enriquecernos con su gracia», san Felipe decía: «Quien quiera hacienda no tendrá jamás espíritu». Además: «Que nunca aprovecharía el que de alguna manera estuviera poseído de la avaricia; y que tenía probado por experiencia que más fácilmente se convertían los hombres entregados a la sensualidad que los avaros», y por eso llamaba a la avaricia «peste del alma»; san Pablo la llama «idolatría». Así, en el Oratorio todos deben trabajar para proveer al propio sustento y al apostolado, y «querer el Paraíso, y no la hacienda; almas para dar a Cristo, y no riquezas».

IX. Desasimiento del corazón

El desasimiento del corazón, para formar parte de una familia que no surge de la carne y de la sangre, sino del amor y seguimiento de Cristo, el cual, a aquél que le dijo que su madre y sus

hermanos les estaban esperando fuera de la puerta de la casa en que entonces se hallaba le respondió: «Todo el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano y mi hermana y mi madre». Los familiares verdaderamente espirituales lo comprenderán perfectamente, porque «el que pueda entender, entiende».

X. La castidad

Complementa el capítulo anterior. Es el gesto de la entrega total a Dios, para imitar a Cristo, con la máxima libertad, y entrar en comunión con Él, aunque imperfectamente todavía, pero de algún modo comenzando el cielo, mientras la vida se va gastando por el Reino y el bien de las almas. Es una opción pascual. También aquí, «el que pueda entender, entienda».

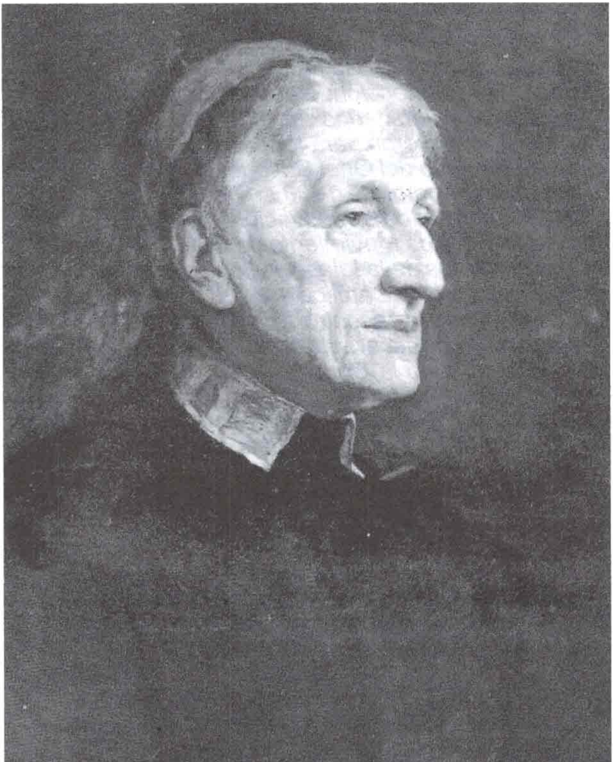
XI. Amor a la Congregación

La misma sencillez del Oratorio llama a que sea apreciado en sumo grado por los que lo componen. La Congregación es como una madre, que ha de ser amada. «Si faltara este amor, se despreciarían sus reglas, se perdería la estimación por los hermanos, se llegaría a acabar ma-

lamente, como Judas, que llegó a vender a su Maestro por un precio vilísimo». Pero también, sin ser una empresa grande, es amada por los externos, lo cual debe engendrar en todos sus súbditos sumo respeto, una gran veneración y singularísimo amor. Y «hay que pedir a Dios que el buen nombre de la Congregación se conserve para gloria del Señor, no para la nuestra».

XII. Libertad y perseverancia

No podría ser admitido lícitamente en la Congregación quien fuera a ella para pasar una temporada o incluso unos años y luego ausentarse por la razón de que en ella no se hace profesión de votos religiosos. Solamente pueden ser miembros los que, junto a las demás condiciones, «tienen el ánimo de permanecer en el Oratorio hasta la muerte». Visto desde fuera, algunos podrían juzgar con ligereza sobre la seriedad de nuestra vocación. Estadísticamente no se da menos perseverancia en nuestras casas que en las de los religiosos; pero cuando por graves delitos o por otras razones poderosas, un sujeto no conviene o no se ve con ánimos de perseverar en nuestras casas, existe la posibilidad de salir de la Congregación, por propia voluntad, o de



JOHN HENRY NEWMAN nació en Londres el 21 de febrero de 1801. A los quince años experimentó una conversión espiritual que le puso en el camino de la perfección. Después de terminar sus estudios universitarios en el Trinity College, de Oxford, le eligieron para formar parte de la comunidad docente del Oriel College, en la misma universidad. A partir de 1833 se convirtió en el dirigente impulsor de la renovación espiritual anglicana denominada Movimiento de Oxford. El estudio de los Padres de la Iglesia le llevó a la conclusión de que la Iglesia Católica era «el único rebaño de Cristo», y en ella encontró la plenitud de la fe (1845). Fue ordenado sacerdote en Roma y volvió a Inglaterra; allí fundó la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Birmingham, a la que siguió la del Oratorio de Londres. En 1851 fundó la Universidad Católica de Irlanda de la que fue su primer Rector. En 1864 publicó su célebre obra «Apologia pro vita sua», en la que reivindica la sinceridad de sus ideas religiosas.

Sufrió mucho a causa de malentendidos y de la incomprensión de algunas autoridades eclesiásticas. Pero el papa León XIII disipó todas las sospechas al crearlo cardenal en 1879, con la alegría de todos los ingleses. A su muerte (11 de agosto de 1890) se dijo que él, más que nadie en Inglaterra, había contribuido a la comprensión mutua entre los cristianos. Newman fue el autor más citado en el Concilio Vaticano II, y la presencia viva de su pensamiento y de su ejemplo hacen de él un verdadero Padre de la Iglesia de nuestro tiempo.

ser expulsado para defender de mayores males a la misma Congregación. Éste es el sentido de la última de las «excelencias» que se exponen en el libro. No obstante, los verdaderos hijos de san Felipe, se dice desde los primeros tiempos, «se conocen por la sepultura», es decir, si perseveraron en su vocación hasta el fin.

Estos doce puntos resumen el contenido del libro. Al proceder a su edición, el benemérito Oratorio de Chioggia añadió unas «reflexiones» del p. Nicolás Fabri, que añaden valor a la obra*.

* NOTA: Tomado de «LAUS», del Oratorio de Albacete, n.º 290, págs. 16 ss.

ÍNDICE

Prólogo a esta edición 7
Noticia biográfica 13

CAPITULO I
Amor de Dios, confianza en Él y deseo de perfección

1. Amor de Dios y sus señales 19
2. Presencia de Dios y confianza en El 24
3. De las oraciones jaculatorias 26
4. Conformidad a la voluntad de Dios 30
5. Deseo de la perfección y medios de aprovechar 32
6. Por el servicio de Dios y por su gloria no debemos dejarnos llevar de otros afectos 34

CAPITULO II
Oración, Comunión, Devoción y sus caracteres. De las Visiones

7. De la oración y meditación 37
8. De la Sagrada Comunión 40
9. Devoción a la Santísima Virgen 43
10. De la devoción y sus caracteres 47
11. Del modo de pedir gracias a Dios y de la gratitud por los beneficios recibidos 49
12. De las visiones 51

CAPITULO III
Mortificar la «racional» = Humildad

13. Desconfianza en nosotros mismos . 59
14. Negación de la propia voluntad 61
15. De la soberbia y amor propio 62
16. De la vanagloria 63
17. De la humildad............................ 65

CAPITULO IV
Obediencia y mortificación

18. De la obediencia 69
19. De la mortificación 72

20. De la abstinencia y del ayuno 74
21. Acerca de las penitencias corporales 76
22. Evitar la singularidad 77
23. Evitar el ocio 77

CAPITULO V
Cómo vencer las tentaciones. Alegría de espíritu

24. De las tentaciones en general 79
25. Tentaciones de desesperación 80
26. Del espíritu triste y melancólico, y de la sequedad o aridez de espíritu 82
27. Moderada alegría de espíritu y de la sencillez cristiana 84

CAPITULO VI
Castidad

28. De las tentaciones sensuales 85
29. De la deshonestidad 86
30. Consejos a los jóvenes para conservar la castidad 88

CAPITULO VII
Paciencia, prudencia y desprecio de la hacienda

31. De la paciencia 91
32. De la discreción 92
33. De la prudencia cristiana 95
34. De la avaricia y del desprendimiento de todo lo del mundo 96

CAPITULO VIII
Comportamiento en tiempo de fervor de espíritu y en las tribulaciones

35. Cómo actuar en tiempos de fervor de espíritu y de dulzuras espirituales .. 101
36. De las tribulaciones 103
37. Cómo debemos portarnos en las enfermedades del cuerpo 106

CAPITULO IX
Caridad fraterna

38. De la locuacidad y murmuración ... 109
39. Cómo se debe conservar la paz y la caridad con el prójimo. Compasión de las caídas ajenas 111

40. Para acostumbrarse a perdonar las injurias 113
41. Corrección fraterna y modo de recibirla 115

CAPITULO X
Normas de actuación pastoral

42. Acerca del estudio de las ciencias . 117
43. Del modo de visitar y asistir a los enfermos 120
44. Del modo de predicar 122
45. Confesión y elección de confesor . 123
46. Suavidad con que el Santo llevaba los pecadores a santa vida 124
47. Remedios y consejos acerca de los escrúpulos 130

CAPITULO XI
Perseverancia. Cambio de estado

48. Medios de perseverancia 131
49. De la muerte de los justos............. 134
50. Del cambio de estado y de los votos 135

CAPITULO XII
Normas de vida cristiana

51. Del rezo del Oficio divino, lectura espiritual y celebración de la Misa . 139
52. De las sagradas reliquias y del culto a los Santos, y del respeto a los templos. 142
53. Renuncia a dignidades. Cómo se han de administrar los bienes de la Iglesia 143
54. Aseo en el vestir 147
55. Puntualidad en pagar los salarios ... 148
56. Diversiones del carnaval, comedias y máscaras 149
57. No dañar a los animales no perjudiciales 150

CAPITULO XIII
Consejos a los confesores

58. Consejos a los confesores 153
59. Consejos a las mujeres 159

CAPITULO XIV
Del bien que hay en la Vida Religiosa. Consejos a los religiosos

60. Del bien que hay en la vida religiosa 161
61. Obediencia requerida en las Comunidades religiosas 163
62. Consejos para los religiosos 164
63. Consejos a las monjas 166

CAPITULO XV
Consejos a los de la Congregación del Oratorio

64 Devoción a María 171
65 Modo de Predicar 172
66 Obediencia 173
67. La caridad único vínculo 175
68 Mortificación, sobre todo de la «racional» 176
69 Desapego de las riquezas. Ultimo testamento 179

Apéndice: Excelencias del Oratorio de San Felipe Neri 183
I. Oratorio y Sacramentos 184

II. Renuncia a dignidades 186
III. Supremacía de la caridad 188
IV. La «racional» 188
V. Obediencia 189
VI. Discreción y suavidad en el mando 190
VII. Estima de la virtud 191
VIII. Desprendimiento de la hacienda 194
IX. Desasimiento del corazón 194
X. La castidad 195
XI. Amor a la Congregación 195
XII. Libertad y perseverancia 196